

*La periferia de la
periferia:
mujeres que miraron al
mundo rural*

Comisaria: Ana Iris Simón

IX DÍA DE
LAS
ESCRITORAS

Organiza:



Colabora:



Cuando, un día de primavera, el Director de la Biblioteca Nacional de España me llamó para preguntarme si quería ser la comisaria del Día de las Escritoras, su encargo me pareció aparentemente sencillo: seleccionar 20 textos de 20 autoras no contemporáneas que hablaran sobre el mundo rural, temática escogida para este año.

Acogí la propuesta con ilusión y alegría, pero sin ser consciente de la tarea que se me había encomendado. Las dificultades que vinieron después (de dar con textos ajustados al tema a encontrar los libros en los que aparecían, muchos de ellos descatalogados o difíciles de conseguir) me hicieron darme cuenta de la importancia de esta conmemoración. De la necesidad de conocer y reconocer a las que en su momento tuvieron que batirse no solo con el papel en blanco sino con su tiempo para poder escribir, para poder publicar, para tener un hueco allá donde ni se las esperaba ni se las quería.

La tarea que me encomendó aquel día Don Óscar Arroyo, director de la Biblioteca Nacional de España, sólo habría sido más complicada, si no imposible, si a que las autoras de los textos fueran mujeres no contemporáneas y la temática el mundo rural le hubieran añadido otro requisito: que no pertenecieran a las clases acomodadas. Por eso el próximo 14 de octubre nos acordaremos de maravillosas escritoras, poetas y pensadoras como Concha Espina, Santa Teresa, Dolores Medio, Mariluz Escribano, Margarita Nelken, Rosalía de Castro, María Zambrano, Gabriela Mistral o Ernestina de Champourcin. Pero también de las que no pudieron serlo. Pues ellas y no otras son las que mantuvieron y mantienen vivo ese mundo rural y su cultura, ese campo, esa periferia a la que, en general, miramos poco y mal.

Ana Iris Simón, comisaria de la IX Edición del Día de las Escritoras

<i>Carta a los bibliotecarios rurales</i> , María Moliner	3
<i>Daltabaix</i> , Caterina Albert (Víctor Català)	4
<i>Libro de la Vida</i> , Teresa de Jesús	5
<i>San Poeta Labrador</i> , Ángela Figuera Aymerich.....	6
<i>Materialismo español</i> , María Zambrano	7
<i>El abuelo</i> , Mariluz Escribano Pueo	8
<i>Una mujer por los caminos de España</i> , María de la O Lejárraga	9
<i>Los Robles</i> , Rosalía de Castro	10
<i>Los Pazos de Ulloa</i> , Emilia Pardo Bazán	11
<i>El río recién nacido</i> , Gloria Fuertes	12
<i>En la tierra de nadie</i> , Carmen Conde.....	13
<i>El metal de los muertos</i> , Concha Espina	14
<i>Sin título</i> , Luz Fandiño	15
<i>A J.J., que ahora contempla, sin dolor, ese paisaje que amó tanto</i> , Ernestina de Champourcin	16
<i>Lucha por su libertad</i> , Margarita Nelken	17
<i>La isla</i> , Concha Méndez	18
<i>La Gaviota</i> , Cecilia Böhl de Faber (Fernán Caballero)	19
<i>Nosotros, Los Rivero</i> , Dolores Medio	20
<i>Cosas</i> , Gabriela Mistral	21
<i>Ipui Onak</i> , Bicenta Mogel	22
<i>A estos peñascos rudos</i> , Juana Inés de la Cruz.....	23

MARÍA MOLINER

Carta a los bibliotecarios rurales

(publicada en *Instrucciones*, 1937)

No, amigos bibliotecarios, no. En vuestro pueblo la gente no es más cerril que en otros pueblos de España ni que en otros pueblos del mundo. Probad a hablarles de cultura y veréis cómo sus ojos se abren y sus cabezas se mueven en un gesto de asentimiento, y cómo invariablemente responden: ¡Eso, eso es lo que nos hace falta: cultura! Ellos presienten, en efecto, que es cultura lo que necesitan, que sin ella no hay posibilidad de liberación efectiva, que sólo ella ha de dotarles de impulso suficiente para incorporarse a la marcha fatal del progreso humano sin riesgo de ser revolcados: sienten también que la cultura que a ellos les está negada es un privilegio más que confiere a ciertas gentes sin ninguna superioridad intrínseca sobre ellos, a veces con un valor moral nulo, una superioridad efectiva en estimación de la sociedad, en posición económica, etcétera. Y se revuelven contra esto que vagamente comprenden pidiendo, cultura, cultura.

CATERINA ALBERT
[VÍCTOR CATALÀ]

Daltabaix

(fragmento de *Drames rurals*, 1902)

Sortint del fons de les corregades, l'esvoranc reblincat del Torrent es precipitava sobre el poble, migpartint-lo en dues meitats: l'una (el barri de Baix) que s'esgranava en suau davallant cap a la plana, i l'altra (el barri de Dalt) que s'encimbellava, apinyat, en els rampants de la muntanya. Pel fons accidentat de la llarga bauma corria tot l'any un reguerol d'aigua cristal lina i fresca que s'esmunyia anguilejant entre el pelat roquisser del fons, ara aturant-se dins d'un clot, com un espill caigut de mans d'una goja, ara despenjant-se en diminuta cascada per un graó de la penya esqueixalada, ara remorejant entorn d'un clap de canyes renadiues i a la fi perdent-se al lluny amb fresseig sedasser de comares que se conten secretots a baixa veu.

Saliendo del fondo de los barrancos, el boquete remachado del Torrent se precipitaba sobre el pueblo, medio partiéndolo en dos mitades: una (el barrio de Baix) que se desgranaba en suave descenso hacia la llanura, y la otra (el barrio de Dalt) que se encaramaba, apiñada, en la pendiente de la montaña. Por el fondo accidentado de la larga balma corría todo el año un reguero de agua cristalina y fresca que se deslizaba anguileando entre la pelada roqueda del fondo, ahora deteniéndose dentro de un hoyo, como un espejo caído de manos de una *goja*, ahora descolgándose en diminuta cascada por un escalón de la peña desgajada, ahora rumoreando en torno a un manto de cañas renacuajas y al fin perdiéndose a lo lejos con rumor maledicente de matronas que se cuentan secretos a baja voz.

TERESA DE JESÚS

Libro de la Vida

(fragmento, 1588)

«Me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto y al Señor que se paseaba en él. Suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes que comenzaban, a lo que parecía, a querer salir y que fuese para su gloria y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que ya sabía habían de salir mejores. Digo «cortar» porque vienen tiempos en el alma que no hay memoria de este huerto; todo parece está seco y que no ha de haber agua para sustentarle, ni parece hubo jamás en el alma cosa de virtud. Pásase mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca a el pobre hortolano que todo el que ha tenido en sustentarle y regarle va perdido. Entonces es el verdadero escardar y quitar de raíz las yerbecilas, aunque sean pequeñas, que han quedado malas. Con conocer no hay diligencia que baste si el agua de la gracia nos quita Dios, y tener en poco nuestra nada, y aunque sea menos que nada, gánase aquí mucha humildad; tornan de nuevo a crecer las flores».

ÁNGELA FIGUERA AYMERICH

San Poeta Labrador

(fragmento, 1957)

Yo era poeta labrador.
Mi campo era amarillo y áspero.
Todos los días yo sudaba
y lloraba para ablandarlo.
Tras de los bueyes, lentos, firmes,
iba la reja de arado.
Mis surcos eran largos, hondos.
(Mis versos eran hondos, largos.)
Por el otoño lo sembraba
sin desmayar, año tras año.
Iba un puñado de belleza
por cada puñado de grano.
Y un puñadito de verdad.
(Esto sin que lo viera el amo.)

Año tras año lo segaba
bajo los fuegos del verano:
de hambre y dolor era la siega,
de hambre y de dolor y desengaño.
Por san poeta labrador,
a mediados del mes de mayo,
cuando en la Iglesia Catedral
arden las velas del milagro,
me arrodillé sobre la piedra
antes de que cantara el gallo
y estuve así, reza que reza,
la frente humilde, en cruz los brazos.
A Dios el Padre, a Dios el Hijo
y a Dios el Espíritu Santo,
con toda urgencia les pedía
que nos echaran una mano.

Pedía por todos los buenos,
por los que dicen que son malos.
Por los sordos con buen oído,
y por los ciegos de ojos sanos.
Por los soldaditos de plomo
y por el plomo de los soldados.
Por los de estómago vacío
y por los curados de espanto.
Por los niños del culo al aire
y por las niñas de ojos pasmados.
Por las madres de pechos secos
y por los abuelos borrachos.
Por los caídos en la nieve,
por los quemados del verano,
por los que duermen en la cárcel,
por los que velan en el páramo,
por los que gritan a los vientos,
por los que callan asustados,
por los que tienen sed y esperan
y por los desesperanzados.
Ardientemente, largas horas,
estuve así pidiendo, orando.

Con las rodillas desolladas,
sabor a incienso en mis labios,
yo, San Poeta Labrador,
cuando ya el Sol estaba en alto,
salí en el nombre de Dios Padre,
del Hijo y del Espíritu Santo,
con ojos anchos de esperanza,
salí al encuentro del milagro.
(Ángeles a la tarea
sobre mi tierra arando, arando.
Bajo la sombra de sus alas,
altas espigas, rubio grano.
Pan de justicia para todos.
Amor y paz desenterrados.)
Miré. Miré. Los ángeles no estaban.
Inmóviles los bueyes, solo el campo.

Dejé secar la sangre en mis rodillas.
Miré de frente y empuñé el arado.

MARÍA ZAMBRANO

Materialismo español

(publicado en *La Vanguardia*, 5 de febrero de 1938)

Amamos la materialidad de España: su tierra, su tierra hoy partida, hollada por los obuses alemanes; sus finos olivos que hoy quema la metralla; sus altas torres que vienen al suelo... Una española a quien sorprendió la tragedia en tierras lejanas, me preguntaba al llegar a ellas, por la retama y los trigos de Castilla y la pita y las adelfas de Andalucía, y lloraba pensando en la amarilla tierra herida.

¡La materialidad de España! sus hombres y sus mujeres; los que cultivan sus campos y construyen sus caminos; los que hablan su claro idioma y conservan en su estilo la más fina tradición de sus siglos; los que repiten e inventan sus canciones; los que bailan sus danzas en días de alegría y guardan silencio cuando llegan las adversidades. Los que llevan grabada en su imaginación el canon de su viva cultura: las proporciones de las casas, la forma de los cántaros, la medida de los sentires.

Todo eso, sí, la materialidad sagrada de la tierra y del pueblo de España, es nuestro y lo amamos. Por ello nos duele su sufrimiento y destrucción. La nota del ministro de Defensa lo declaraba de modo inequívoco. Por amor a la materialidad, a la maternidad de España, se quería evitar su sufrimiento y su ruina.

MARILUZ ESCRIBANO PUEO

El abuelo

(publicado en *El corazón de la gacela*, 2015)

El abuelo descansa
sobre una piedra dura.
Es primavera y nota,
por el trasiego de aves,
que los trigos encañan
en los campos del páramo.
Mira a lo alto y respira:
ni una nube en el cielo
que asombre la esperanza
de una buena cosecha.

El abuelo parece
jugar con las palomas
e inquietas golondrinas
le coronan la frente.
Está a gusto a la fresca
tibieza de la brisa
que mueve los escasos
árboles de la plaza.
El abuelo ha olvidado
los nombres de los pájaros,
él que tan bien sabía
los nombres de las hierbas,
los nombres de las fuentes,
cómo se llama el niño
que jugaba con los juncos.
Ha olvidado su nombre.
El cementerio, lejos,
le espera con paciencia.
Ciprés y jaramagos
coronarán su frente.

MARÍA DE LA O LEJÁRRAGA

Una mujer por los caminos de España

(fragmento, 1952)

Yo también he nacido en un dulce valle, a mi cuna también le dieron sombra altas montañas, monasterio insigne, santuario famoso, mas apenas hube empezado a sentir el latido de mi tierra en la sangre, mis gentes emigraron... a Madrid, a la Corte, a la Capital, y la capital —la palabra lo dice— no es corazón, sino cerebro, y el cerebro piensa pero no ama. Madrid no es patria, París no es patria, Londres no es patria, Buenos Aires no es patria; son nidos de emigrantes de todos los rincones de la patria que en la capital vienen a buscarse la vida, a luchar por su vida, acaso a gozar de la vida, pero que en un rincón dejaron el alma.

Pienso: tal vez por ello no soy apasionada patriota, acaso por ello he pasado gran parte de la vida peregrinando por el mundo, plantando la tienda acá y allá, sin sentirme extranjera en parte alguna, es cierto, pero sin que me duela el corazón con ninguna suavísima nostalgia. Hanme contado que al llegar a Madrid por vez primera, clamaba todas las mañanas: «¡Que me traigan mi huerta!» Mi querida huerta riojana nunca la he vuelto a ver. He vivido infancia, adolescencia, juventud, madurez en ciudadanos pisos alquilados; no recuerdo solar; no tengo «patria chica». Y sospecho: acaso quien no tiene «amor de patria chica» no tiene patria.

ROSALÍA DE CASTRO

Los Robles

(publicado en *En las orillas del Sar*, 1884)

Allá en tiempos que fueron, y el alma
han llenado de santos recuerdos,
de mi tierra en los campos hermosos,
la riqueza del pobre era el fuego,
que al brillar de la choza en el fondo,
calentaba los rígidos miembros
por el frío y el hambre ateridos
del niño y del viejo.

De la hoguera sentados en torno,
en sus brazos la madre arrullaba
al infante robusto;
daba vuelta, afanosa la anciana
en sus dedos nudosos, al huso,
y al alegre fulgor de la llama,
ya la joven la harina cernía,
o ya desgranaba
con su mano callosa y pequeña,
del maíz las mazorcas doradas.

Y al amor del hogar calentándose
en invierno, la pobre familia
campesina, olvidaba la dura
condición de su suerte enemiga;
y el anciano y el niño, contentos
en su lecho de paja dormían,
como duerme el polluelo en su nido
cuando el ala materna le abriga.

EMILIA PARDO BAZÁN

Los Pazos de Ulloa

(fragmento, 1886)

Porque ya es hora de decir que el marqués de Ulloa auténtico y legal, el que consta en la Guía de forasteros, se paseaba tranquilamente en carretela por la Castellana, durante el invierno de 1866 a 1867, mientras Julián exterminaba correderas en el archivo de los Pazos. Bien ajeno estaría él de que el título de nobleza por cuya carta de sucesión había pagado religiosamente su impuesto de lanzas y medias anatas, lo disfrutaba gratis un pariente suyo, en un rincón de Galicia. Verdad que al legítimo marqués de Ulloa, que era Grande de España de primera clase, duque de algo, marqués tres veces y conde dos lo menos, nadie le conocía en Madrid sino por el ducado, por aquello de que baza mayor quita menor, aun cuando el título de Ulloa, radicado en el claro solar de Cabreira de Portugal, pudiese ganar en antigüedad y estimación a los más eminentes. Al pasar a una rama colateral la hacienda de los Pazos de Ulloa, fue el marquesado a donde correspondía por rigurosa agnación; pero los aldeanos, que no entienden de agnaciones, hechos a que los Pazos de Ulloa diesen nombre al título, siguieron llamando marqueses a los dueños de la gran huronera. Los señores de los Pazos no protestaban: eran marqueses por derecho consuetudinario; y cuando un labrador, en un camino hondo, se descubría respetuosamente ante don Pedro, murmurando: «Vaya usía muy dichoso, señor marqués», don Pedro sentía un cosquilleo grato en la epidermis de la vanidad, y contestaba con voz sonora: «Felices tardes».

GLORIA FUERTES

El río recién nacido

(fragmento)

El poeta de ciudad
se va al campo a respirar.
Montado en su bicicleta,
se va a la montaña el poeta.
—¡Mira un lirio!
¡Qué delirio!
Huele a tomillo y a menta,
Este aire puro alimenta.

No se oye nada. ¡Silencio!
Sólo se oye el viento lento.
(El poeta canta
y a los mosquitos espanta).

De pronto, una cosa mágica descubre,
Chorrito de agua a la montaña cubre.
El río recién nacido,
Un hilo de agua entre las piedras,
míralo, no te lo pierdas.
(El agua recién nacida aún sabe a nieve).
Es agua clara y fresca,
El poeta se refresca.
¡Agua en la piedra!
Es algo de belleza que nace.
El saltamontes salta,
La oveja pace.

El poeta volvió alegre a la ciudad
Del ruido y del coche,
volvió de noche,
y dijo: —¿Sabéis por qué me río?
¡Porque he visto nacer un río!

CARMEN CONDE

En la tierra de nadie

(publicado en *En la tierra de nadie*, 1960)

En la tierra de nadie, sobre el polvo
que pisan los que van y los que vienen,
he plantado mi tienda sin amparo
y contemplo si van como si vuelven.

Unos dicen que soy de los que van,
aunque estoy descansando del camino.
Otros «saben» que vuelvo, aunque me calle;
y mi ruta más cierta yo no digo.

Intenté demostrar que a donde voy
es a mí, sólo a mí, para tenerme.
Y sonríen al oír, porque ellos todos
son la gente que va, pero que vuelve.

Escuchadme una vez: ya no me importan
los caminos de aquí, que tanto valen.
Porque anduve una vez, ya me he parado
para ahincarme en la tierra que es de nadie.

CONCHA ESPINA

El metal de los muertos

(fragmento, 1920)

Si en el trabajo, en el reposo, en la calle, en el hogar, en la escuela, en el templo, nos cohiben y nos imponen la esclavitud, obligándonos a aumentar la producción para enriquecerse más, a sufrir su leyes, códigos y dogmas, a luchar, creer y morir a su antojo, ¿cómo han de prohibirnos con la defensa el indulto de la vida?

Un hálito de fascinación detiene las contestaciones a esta pregunta, vigorosa y serena. Está cayendo la tarde; en las nubes calcinadas muere la luz; el viento se ha dormido y la sombra de Oriente es una brida oscura que va tirando del sol.

Echea dice que los capitalistas aborrecen a los conductores del pueblo, acusándoles de ser los únicos ambiciosos y revolucionarios. como si la masa, ignorante por lo general, hecha a la sumisión y a la rutina por atavismo, no necesitara destacar de sí misma a los hombres más cultivados y audaces para impelerla y dirigirla; como si individualmente pudieran conseguir los obreros más que la filantropía de los patronos: la limosna, que es una ofensa para el que trabaja.

LUZ FANDIÑO

Sin título

(publicado en *Escolma de poemas [1950 -2010]*, 2011)

Repenican as campás
estouran as bombas.

¡E festa
na aldea!

As mozas engalanadas
cun fresoo arrecendo
as herbas.

¡E festa
na aldea!

A ave noctura cuns fins
lucrativos, aproveitando
o balbordo prendeulle
lume ó monte da aldea.
¡Silencio!

Repican las campanas
estallan las bombas.

¡Es fiesta
en la aldea!

Las chicas engalanadas
con fresco aroma
a hierbas.

¡Es fiesta
en la aldea!

El ave nocturna con fines
lucrativos, aprovechando
el alboroto prendió
fuego al monte de la aldea.
¡Silencio!

ERNESTINA DE CHAMPOURCIN

A J.J., que ahora contempla, sin dolor, ese paisaje que amó tanto

(publicado en *Cartas cerradas*, 1968)

Y te quise traer un ciprés de Castilla
que hundiera sus raíces hasta tocar tus huesos:
Castilla que cantaste y amaste con locura
cuando faltó a tus pies su barbecho fecundo.

Raíces en lo hondo; copa esbelta en el cielo.
No ese ciprés de Silos que Gerardo cantara,
sino un ciprés aún tierno que creciese a tu vera
señalando al que pase la ruta que seguiste.

Así todos verán al levantar los ojos,
que no estás ahí donde tu nombre queda,
porque el ciprés, cual índice de verdor y esperanza,
guiaría su vista a tu verdad inmutable.

¡Qué guardia de cipreses en la tarde de oro!
y me acordé de ti y de aquellos poemas;
y de los que, después, colmaste con ese Amor
que te acunó la muerte.

Yo te quise traer un ciprés de Castilla.
¿Para qué? me pregunto. ¡Si ya la tienes toda!

MARGARITA NELKEN

Lucha por su libertad

(fragmento, publicado en *La Vanguardia*, agosto, 1936)

Es preciso subrayar en la gesta incomparable, sin precedentes en la Historia, del pueblo español en lucha por su libertad y por la libertad del mundo, la epopeya de los campesinos, de los que en Extremadura, en Andalucía, en la Mancha, en Aragón, representan lo más desheredado del suelo patrio; y no teniendo nada que perder, se alzan con toda su miseria, marcada con las vejaciones y atropellos sufridos, a lo largo de generaciones y de siglos, para conquistar para todos, para sus hijos y para los hijos de los que no carecían de nada, un porvenir de dignidad ciudadana y de justicia social.

Y bien mirado, no es extraño que sean ellos, precisamente ellos los siervos de la tierra sierva, quienes con más fervor heroico se hayan levantado y hayan opuesto al fascismo la barrera infranqueable de su voluntad.

[...]

Pueblos sin rudimento de asistencia social, sin una maternidad, sin una guardería de niños, sin un dispensario, sin nada que revelara la menor preocupación de generosidad humana; pueblos que producían para el amo rentas que se cifraban por millones, sumidos en el agobio del que nadie lograba sacar a los miserables...

Y frente a esto, el cuadro de los que mandaban. El señorito, sentado al atardecer en la acera del casino, divirtiéndose en idear alguna juega bárbara de esas en que la borrachera y un caciquismo degenerado tenían que auxiliarse para mayor diversión con el atropello brutal cometido en la persona de alguna hija de un trabajador; luego, cacería, con muchedumbre regional, para dar ocasión a las dignas hermanas e hijas de esos señoritos a expansionarse con ellos y motivo a ensalzar esta olla podrida, en la más simple acepción de la palabra...

¡Batallones de campesinos! Quisiera citarlos a todos, como quisiera citar a todos sus componentes y reunirlos en un abrazo fraternal de gratitud y admiración.

CONCHA MÉNDEZ

La isla

Deslizándome en el agua
hasta la Isla he venido.
He vagado entre sus brisas.
Y por su costa he corrido.

Del mar salí llena de algas,
con el bañador ceñido.
Y tras andar por la Isla,
bajo un árbol he dormido.

¡Qué soledad suntuosa!
¡Qué espléndida soledad!
¡Y qué fatigosa vida
la vida de la ciudad!

CECILIA BÖHL DE FABER
[FERNÁN CABALLERO]

La Gaviota
(fragmento, 1867)

Difícil será a la persona que recoge al vuelo, como un muchacho las mariposas, estas emanaciones poéticas del pueblo, responder al que quisiese analizarlas, el porqué los ruseñores y los jilgueros plañeron la muerte del Redentor; por qué la golondrina arrancó las espinas de su corona; por qué se mira con cierta veneración el romero, en la creencia de que la Virgen secaba los pañales del Niño Jesús en una mata de aquella planta; por qué, o más bien, cómo se sabe que el sauce es un árbol de mal agüero, desde que Judas se ahorcó de uno de ellos; por qué no sucede nada malo en una casa si se sahúma con romero la noche de Navidad; por qué se ven todos los instrumentos de la pasión en la flor que ha merecido aquel nombre. Y en verdad, no hay respuestas a semejantes preguntas. El pueblo no las tiene ni las pide: ha recogido esas especies como vagos sonidos de una música lejana, sin indagar su origen ni analizar su autenticidad. Los sabios y los hombres positivos honrarán con una sonrisa de desdeñosa compasión a la persona que estampa estas líneas. Pero a nosotros nos basta la esperanza de hallar alguna simpatía en el corazón de una madre, bajo el humilde techo del que sabe poco y siente mucho, o en el místico retiro de un claustro, cuando decimos que por nuestra parte creemos que siempre ha habido y hay para las almas piadosas y ascéticas, revelaciones misteriosas, que el mundo llama delirios de imaginaciones sobreexcitadas, y que las gentes de fe dócil y ferviente miran como favores especiales de la Divinidad.

DOLORES MEDIO

Nosotros, Los Rivero

(fragmento, 1958)

—¿Qué te pide el cuerpo?... ¡Jesús, dulce Jesús! ¿Qué lenguaje es ese, niña? Lo que el cuerpo te está pidiendo son unos azotes, que te vas a llevar por desobediente. Si no quieres hacer encaje, repasarás calcetines. Trae el cesto de la ropa y siéntate aquí a mi lado.

Pero coser calcetines tampoco agradaba a Lena. Ni coser calcetines, ni hacer encaje, ni repasar la ropa, ni hacer vainica... Todo lo que la obligase a estar quieta, a fijar la atención, le excitaba los nervios, levantando un revuelo de sus mariposas negras.

Aquella tarde, pensando que su padre no podía ya defenderla, trató de entrar en razón y obedecer a la madre. Durante algunos segundos, lucharon su buen deseo y su rebeldía. «Mamá tiene razón —se decía—; si el encaje no me agrada debo coser calcetines. Ya tengo nueve años. Ya soy una señorita...» Pero las mariposas negras eran más fuertes que su voluntad. Como locas se pusieron a revolotear alrededor de su cabeza, zumbándole en los oídos y aturdiéndola con sus violentos aletazos. Y Lena, vencida, se entregó a ellas.

GABRIELA MISTRAL

Cosas

(publicado en *Tala*, 1938)

Un río suena siempre cerca.
Ha cuarenta años que lo siento.
Es canturía de mi sangre
o bien un ritmo que me dieron.

O el río Elqui de mi infancia
que me repecho y me vadeo.
Nunca lo pierdo; pecho a pecho,
como dos niños nos tenemos.

BIZENTA MOGEL

Ipui Onak

(fragmento, 1804)

Deritzat enzuten nagoala mutiltxo, neskatzatxo, ta nekazari askoren farra, ta algara gozoak irakurri, edo aituaz ipui oek; ta nola geroenean ixildu ta arrituta bezela geldituko diran ipuiaren ondoren adigarriak ekusirik. Nork esan zezakean, esango dute, zertara jo bear zuten ipui farra eragitekoak? Zein ederki adierazoten duten estalki ederren azpian, andikiak, txikikiak, ta jakintsuak berak ikasi bear dituzten, onak izateko, bideak!

Esan oi dute ero erorik nekazari batzuek, anziñako egunetan itzketan zekitela txakur, katu, aizeri, otso, ardi, ta ipuietan ateratzen diran abere, naiz egaztiak. Baña gutxi dira ain eroak. Laster igarriko dioe adartxoetan dagoala fruta; ta oni oratu bear zaiola, adartxoa baztertuta. [...]

Aitu diot ondo dakian bati, ipui oek izango dirala guziz onak aztuerazotzeko nekazarien etxeetatik ipui oker, ta zatarrak, nola sagar ederrak, ta diru berdiñean saltzen daudenean, baztertu ta saldu ezinda gelditzen diran sagar miñ ta motelak. Nork txori gerezi txatarrai begiratzen dioe dauzkanean eskubatera gerezi anpollak?

Parece que estoy escuchando las dulces risas de los niños, las niñas y los labradores al leer o escuchar estos cuentos; y cómo, después, quedarán callados y como sorprendidos al ver los conocimientos obtenidos de ellos. ¿Quién podría decir, dirán, dónde llevarían los cuentos que hacen reír? Qué bien expresan, bajo hermosas coberturas, los caminos que deben conocer los pequeños, grandes, e incluso los sabios, para poder ser buenos.

Algunos labradores dicen que, en los tiempos antiguos, los perros, gatos, zorros, ovejas, y tanto los animales como las aves que aparecen en los cuentos, eran capaces de hablar. Pero pocos son tan locos como para afirmar esto. Pronto verán que los frutos están en las ramitas, y que esto es lo que hay que tomar, dejando de lado la ramita. [...]

Escuché a alguien que mucho sabía que estos cuentos serán muy buenos para hacer desaparecer de las casas de los labradores los cuentos malos y feos, como hermosas manzanas, al igual que, cuando se venden por el mismo dinero, las manzanas rancias y estropeadas se apartan y se quedan sin vender. ¿Qué pájaro mira las cerezas podridas cuando tiene a su lado cereza maduras?

JUANA INÉS DE LA CRUZ

A estos peñascos rudos

(fragmento de *parte de Inundación castálida*, 1689)

A estos peñascos rudos,
mudos testigos del dolor que siento,
que sólo siendo mudos
pudiera yo fiarles mi tormento,
si acaso de mis penas lo terrible
no infunde lengua y voz en lo insensible,
quiero contar mis males,
si es que yo sé los males de que muero;
pues son mis penas tales,
que si contarlas por alivio quiero,
le son, una con otra atropellada,
dogal a la garganta, al pecho espada.
No envidio dicha ajena,
que el mal eterno que en mi pecho lidia
hace incapaz mi pena
de que pueda tener tan alta envidia:
es tan mísero estado en el que peno,
que como dicha envidio el mal ajeno:
No pienso yo si hay glorias,
porque estoy de pensarlo tan distante,
que aun las dulces memorias
de mi pasado bien, tan ignorante
las mira de mi mal el desengaño,
que ignoro si fue bien y sé que es daño.
Estense allá en su esfera
los dichosos, que es cosa en mi sentido
tan remota, tan fuera
de mi imaginación, que sólo mido,
entre lo que padecen los mortales,
lo que distan sus males de mis males.

